

Notas a la programación (noviembre-2006)

Ernst Lubitsch

Sólo un hombre con un destello de genialidad puede dar a la comedia humorística su mayor lontananza y dotarla de un horizontes de universalidad. Convertir lo localista en internacional, la costumbre autóctona y vacía en rasgo humano general, capaz de recorrer el mundo, siendo siempre reconocida como propia. Y el hombre que da al humorismo de la comedia su más amplia universalidad es Ernst Lubitsch. (...)

¿Qué sucede para que este realizador de películas históricas se convierta en el director de comedias ligeras y espumeantes, para que este cómico de gracia muchas veces gruesa y hasta grosera, se transforme en el inventor de ese tenue soplo de vivo ingenio que es el "toque Lubitsch"? (...) En el cinema en general y en el cine cómico en particular hay un hombre que lo ha creado en toda su extensión y por eso lo encontramos siempre, en toda encrucijada decisiva: Charles Chaplin. Y Lubitsch lo va a encontrar para que le marque el camino, para que le muestre su destino. En octubre de 1923 se estrena el único film de Chaplin en que éste no ha actuado, sólo dirigido, Una mujer de París. (...)

Y ante aquel mundo de sencillez, de sugestión, de insinuaciones, de toques de eficacia y sutileza, Ernst Lubitsch encuentra su camino: aquélla es la gran revelación. Y bajo la luz nueva que brota de la pantalla de Una mujer de París comprende que ha de ser él mismo, pero a su vez ha de ser otro. Todo su sistema cómico, todo su gusto por esa suntuosidad un poco rococó, burguesa y de opereta, todo su juego de jerarquías, protocolos y ordenancismos sirven; todo su sentido burlón de tienda de confecciones para señoras y esa propensión a ver el mundo en cuestión de alcoba sirve también, con su tramoya automática de la vida corriente. Todo sirve, toda su personalidad duramente forjada, vale. Pero vuelta del revés: no del lado de trazado grueso, hacia el lado del chafarrinón, sino del lado del arabesco sutil, hacia la tenue voluta de la sonrisa. Y esto es la revelación: ser por lo que se es, mientras surge de ahí la otra personalidad definitiva, nueva sobre lo antiguo.

Treinta películas más, hechas en Norteamérica, constituyen su obra definitiva, hasta su muerte en 1947. Kraly en el mudo y Vadja y Raphaelson en el sonoro son sus argumentistas y adaptadores habituales, sus colaboradores en esa larga serie de films llenos de gracia, de ligereza, de ingenio. (...)

Y con los elementos está hecho el famoso "toque Lubitsch", que es precisamente la quintaesencia de la comedia. Porque si la comedia es la mecánica de la vida bajo el reactivo de una situación, el "toque Lubitsch" es un extracto de la situación. La situación total, en su equívoco o en su enredo, queda un momento en el aire, en su punto álgido, con el mecanismo de la acción en suspenso. Y entonces se concentran en un solo punto, en un objeto, cualquiera, en un acto minúsculo: por ejemplo, en ese espectador que, siempre y en todas partes, se levanta cuando el actor va a comenzar a recitar el "Ser o no ser" de Hamlet. Ahí está extractada toda la situación: la mujer engaña al actor y aprovecha el largo monólogo para verse con sus sucesivos amantes. Y es un jarrón, una flor, una corbata, un piano, un actor que muestra sus piernas flacas, esas puertas que se cierran, tan predilectas de Lubitsch... Cualquier cosa, porque la gracia y el humor descienden sobre ellas por un toque mágico, el "toque Lubitsch".

El "toque Lubitsch" como esencia de la comedia revela muy bien el objetivo final de la risa que provoca, la meta más allá de la risa misma, como condición ineludible del humorismo. Y ese objetivo es un valor estético y social puro: la ironía. La ironía es su meta y su arma. Con ella no se trata de destruir, de aplastar, de desintegrar aquellos contra los que la ironía dirige su dardo. Es algo mucho más ligero y sutil: mostrar, a través de la sonrisa irónica, que aquello es un objeto o persona o hecho cómico. Por eso la ironía no alcanza al hombre sencillo y humilde, porque anula su dardo con el escudo de su sencillez, de su ingenuidad. Lo ve venir, lo toma en el aire limpiamente, sonríe y también se burla un poco de sí mismo. Pero cuando la alada flecha de la ironía se dirige al gran acontecimiento, al superhombre que no sabe o no puede sonreírse a sí mismo, entonces la ironía le acierta siempre en la mitad del corazón: es mortal. Consigue lo que quizás, frente a tal enemigo, no conseguiría la sátira, ni la farsa, ni la crítica. Frente a cada enemigo hay que emplear un arma y Lubitsch, el hombre de la sonrisa irónica en la boca donde siempre hay un cigarro puro, dirige ésta al gran coloso hitleriano que, como alemán, era su enemigo. El "toque Lubitsch" es el alquitarrado estrato de la comedia y por eso es también la quintasencia de la ironía.

Porque una fugaz imagen de segundos es también el resumen de una obra, una vida y un hombre. Ahí, en ese instante, está la Alemania rutilante de Guillermo II; la familia hebrea, con su sangre de siglos y de países; la cultura germánica de la Atenas del Spree; la tienda de confección para señoras con su mundo banal y ligero; el gran espectáculo de Max Reinhardt; los trucos cómicos de la serie de películas de Meyer, el judío emprendedor; las comedias de Ossi Oswald, los dramas de Pola Negri; ese momento dramático que el "toque Lubitsch" rompe en carcajadas casi intelectuales; la sencillez como sistema, aprendida en una tragedia de Chaplin y la fina, alada voluta irónica de Oscar Wilde en El abanico de lady Windermere, que le da el triunfo definitivo... Todo ello resumido en Hollywood, la capital norteamericana de un cine que es fundamentalmente la vida como aventura y como optimismo. Que a su vez son las dos grandes fuerzas humanas que han hecho, desde abajo, lo que los Estados Unidos son hoy, en todas sus dimensiones.

Esto es el "toque Lubitsch": el extracto de una personalidad y de una vida entera. Es también casi metafísico: el instante de universalidad para el arte, para el humor. Esa universalidad que sólo desdeñan los que no pueden añanzarla pero que el gran artista persigue siempre como la dorada esperanza del creador.

Manuel Villegas López, "Lubitsch o la ironía", Temas de cine, nº 1, 1959. Reimpreso en Nickelodeon, nº 18, primavera 2000.